

ros cristianos que vivian en comunidad y que miraban los suyos como templos! Haced, oh Dios mio, que para portarnos en ellos segun vuestros deseos, abracemos de buena voluntad el aviso que nos da san Crisóstomo, de no perder de vista durante nuestra comida y tener los ojos continuamente fijos sobre vuestro Hijo comiendo con sus Apóstoles: *In facie prandeatur Auctoris... Epulis vestris Christus inter sit.* (S. Chrysost. *Hom. xvi in Matth.*).

EXÁMEN.

De las conferencias y de las pláticas espirituales.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo platicando con sus Apóstoles sobre las grandes máximas del Evangelio, é instruyéndoles en la ciencia de la salvacion. ¡Con qué atencion y con qué silencio escucharían á este adorable Maestro! ¡Qué respeto mostrarían á todo lo que les decia! ¡Con qué pureza de corazon y con qué ansia recibirían ellos su divina palabra! ¡Cuán dichosos seríamos nosotros de tomar parte en sus disposiciones y en sus gracias, cuando esta misma palabra nos es anunciada en las pláticas y en las conferencias!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos de qué manera y con qué disposiciones asistimos nosotros á las conferencias y á las pláticas espirituales.

¿Hemos tenido cuidado de mostrarnos en ellas con toda la asiduidad y diligencia, que exige la santa ansia que se debe tener de escuchar la palabra de Dios?

¿Hemos llevado á ellas todo el amor, toda la estimacion y toda la pureza que son necesarias para que nos sean provechosas; y nos hemos entregado al Espíritu Santo, sin el cual esta divina semilla no puede germinar en nuestras almas ni producir frutos de vida en ellas?

¿Hemos escuchado al que nos habla en ellas con el mismo respeto y la misma atencion con que escucharíamos á nuestro Señor á quien representa? ¿Y hemos excitado nuestra fe para recibir como la palabra de Dios las verdades que nos dice de su parte?

Con esta mira, ¿hemos renunciado á nuestros sentidos, no poniendo atencion ni á su tono de voz, ni á su gesto, ni á su manera de expresarse, ni á todo lo que pudiera repugnarnos en su exterior é impedirnos aprovechar sus instrucciones?

¿No es por fijarnos mucho en su exterior, que nos resentimos con frecuencia de disgusto, tedio, modorra é impaciencia, lo

que hace que el corazón no se afecte para nada, y se quede insensible á las más santas verdades, y nos dejemos llevar en seguida de los remedos y burlas sobre lo que nos ha dicho?

¿No nos hemos tampoco dejado arrastrar por el disgusto y la murmuración al vernos sujetos á tantas pláticas y conferencias?

En fin, ¿nos hemos guardado, particularmente en el tiempo de las repugnancias y sequedades, de dar pábulo á los sentimientos de disgusto y pesadez que nos producian tal vez los ejercicios más santos y que más debian afectar el corazón, teniendo presente que la palabra de Dios es el pan y el alimento de nuestra alma, que es justo recibirlo de la misma manera que la nutrición del cuerpo, la cual el pecador no debe tomar sino á costa del sudor de su frente? *Si panis noster est verbum Dei; sudemus in audiendo, ne moriamur in jejunando.* (S. August. in Psalm.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que en las conferencias y pláticas espirituales no se habla sino de Vos, y que sois Vos mismo quien habláis por los labios de los que las presiden en vuestro nombre: *Qui vos audit, me audit*; gran motivo debe ser este de temor y confusión para los que á estos ejerci-

cios asisten con frialdad, modorra y negligencia. Dadme, os ruego, una parte de la gracia de aquellos dichosos discípulos, cuyo corazón era todo fuego y llama, en el tiempo en que conferenciaban y se entretenían con Vos en los misterios y verdades de la Religión: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via.* (Luc. xxiv, 32).

EXÁMEN.

Sobre las señales de la sabiduría cristiana.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo haciéndonos conocer por El mismo y por los Santos cuál es el mérito y la excelencia de la verdadera sabiduría, para inspirarnos hácia ella amor y estimación. El la llama la ciencia de los Santos, la vida y la paz del alma; el ama, la guardiana y la directora de las virtudes, sin la cual ellas no son más que vicios ó son inútiles para la salud. Agradecemos á este Dios de bondad y de luz el habernos dado un conocimiento tan santo y tan ventajoso.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si tenemos nosotros la sabiduría cristiana, por las señales que nos da de ella el apóstol Santiago.

Que autem desursum est sapientia, primum quidem pudica est. (Jac. III, 17). El primero de sus cuidados y el que más le interesa es de hacernos velar exactamente en la guarda de la pureza, de hacernos huir las menores ocasiones que la pudieran corromper, y para lograrla hacernos vivir en una mortificación universal de nuestros sentidos.

Deinde pacifica. Ella se complace en poner orden en todo; y como ella no obra jamás sino por regla y por medida, y según la voluntad de Dios, lleva siempre consigo la verdadera paz, que es el fruto del orden.

Pax est tranquillitas ordinis. (Aug.).

Modesta. Ella regla de tal modo el interior, que se traduce aún así afuera, y muestra en todo la modestia que demandan la presencia de Dios y la edificación del prójimo.

Suadibilis. Ella hace que el corazón sea dócil y el espíritu sumiso, y como no sufre que el alma siga sus propias luces y que resista á los buenos avisos que se le dan, ella la pone en estado de hacer con facilidad todo género de bienes.

Bonis consentiens. Ella quiere que se tenga armonía é inteligencia con los buenos servidores de Dios, y que guste de verles llenos de gracias, hacer grandes cosas y aventajarse en toda suerte de virtudes.

Plena misericordia et fructibus bonis. Ella quiere que estemos llenos de miseri-

cordia y de buenas obras, que procuremos hacer bien á los desgraciados, ser útiles á todo el mundo, y procurar en todo la gloria de Dios y la salud del prójimo.

Non judicans. Su espíritu no es un espíritu de crítica y de censura; y está tan lejos de condenar á los otros que nunca trata de examinar su conducta para formar juicio alguno, á menos que su cargo le obligue á ello.

Sine simulatione. Ella es simple y sin disfraz, y ama de tal modo el candor y la franqueza, que no puede sufrir que se le sirva de fineza, de falsía y de doblez.

Examinemos por todas estas señales si tenemos nosotros la sabiduría cristiana.

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo sé las grandes ventajas que acompañan á la sabiduría; yo sé cuán necesaria es ella para hacernos gratos á Vos; yo sé que Vos la otorgais abundantemente á los que recurren á Vos para obtenerla: después de esto, ¿podría yo vacilar en pedírosla con confianza? Yo os la demando ahora, oh Dios mio, de todo mi corazón: no me la rehuséis, si os place. Os la pido por vuestra santísima Esposa, la más prudente de todas las vírgenes, y que Vos habeis elegido para ser el asiento y el trono de la Sabiduría eterna: *Virgo prudentissima, sedes sapientiae.*

EXÁMEN.

De las reglas de la prudencia y sabiduría cristiana.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor lleno del espíritu de Dios, que es un espíritu de sabiduría, de inteligencia y de consejo: *Requiescet super eum Spiritus Domini, Spiritus sapientiae et intellectus, Spiritus consilii*. Admiramos la fidelidad de este divino Salvador en reglar toda su vida por las luces de esta divina sabiduría. Rindámosle mil gracias porque nos ha dado esta misma regla de conducta, y porque quiere hacerlo por los discursos despues de hacerlo por su ejemplo.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros nos conducimos segun las reglas de la sabiduría y de la prudencia cristiana.

1. El que se conduce por las reglas de esta divina sabiduría se propone ante todas las cosas la gloria de Dios, y á esto dirige la primera y la principal de todas sus acciones: *Querite primum regnum Dei et justitiam ejus*. (Matth. vi, 33).

Ella considera todas las criaturas como si fuesen nada; y fuera del amor y del servicio de Dios, todo lo demás no le parece

sino vanidad: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas, praeter amare Deum et illi soli servire*. (De Imit. Chr. lib. I, cap. 1).

El mira el negocio de su salud como su grande y su único negocio; y él conceptúa por nada la posesion de todo el mundo si le ha de traer la inmensa desgracia de perder su alma: *Quid prodest homini si universum mundum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur*. (Matth. xvi, 26).

2. Los medios que él usa para llegar al fin que se propone son los mismos de que se sirvió nuestro Señor. El no consulta con preferencia á sus sentidos ni á sus propias luces; la fe es la grande regla á la que él sujeta la eleccion de todas sus acciones. *Fides cooperatur operibus illius*.

En las cosas donde encuentra igual la voluntad de Dios prefiere siempre, al ejemplo de su divino Maestro, el menosprecio á los honores, la pobreza á las riquezas, los sufrimientos á los placeres: *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem*. (Hebr. xii, 2).

Como él sabe que toda la perfeccion consiste en hacer la voluntad de Dios, y que ésta no se hace nunca más seguramente que cuando se obedece, él pone todo su gozo en vivir en la obediencia, y no toma con gusto otros empleos que aquellos que ofrecen más ocasiones de obedecer.

3. Para mostrarse fiel á los medios que él ha elegido y que deben conducirle á su

fin, él vela continuamente, según el consejo que le da nuestro Señor en el Evangelio: *Vigilate et orate.* (Matth. xxv, 13).

El vela para no dejar perder las ocasiones de reducir á la práctica los medios que ha tomado. El vela sobre las pequeñas ocasiones lo mismo que sobre las grandes, procurando ser en todas igualmente fiel.

El vela, en fin, para que el enemigo no le sorprenda.

Examinemos si nosotros nos hemos conducido por estas máximas y por estas reglas de la sabiduría cristiana.

TERCER PUNTO.

¡Qué confusion, oh Dios mio, para vuestros hijos, de tener menos prudencia para el negocio de su salud que los hijos del siglo tienen para sus negocios del tiempo! Vos sabeis cuánto nos importa complaceros, cuáles enemigos debemos combatir, y á cuántos peligros estamos expuestos en todos los momentos. Dadnos, oh Sabiduría eterna, la prudencia cristiana para conducirnos: *O Sapientia quæ ex ore Altissimi prodiisti, veni ad docendum nos viam prudentiæ!*

Da mihi, Domine, sedium tuarum assistricem sapientiam, ... ut mecum sit et mecum laboret. (Sap. ix, 4).

EXÁMEN.

De la sabiduría del mundo y de la prudencia de la carne.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la extrema oposicion que nuestro Señor tiene para la sabiduría del mundo y para la prudencia de la carne. El la combate con sus discursos, y muestra una tal aversion á ella, que declara altamente que perderá á todos aquellos que la tomen por regla de su conducta. *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo.* (I Cor. i, 19). Recibamos con respeto y con reconocimiento esta santa y saludable instruccion.

SEGUNDO PUNTO.

Las principales máximas de la sabiduría del mundo y de la prudencia de la carne, son: que es preciso no tener corazon ni espíritu para no buscar los honores y para rehusarlos cuando se presentan; que es ser insensible no amar los placeres y no gustarlos cuando se puede; que es necesario haber perdido el juicio para amar la pobreza y preferirla á las riquezas; que es preciso, en una palabra, á cualquier precio que sea, procurarse la dicha en esta vida.

Su conducta es toda llena de disfraces, de disimulaciones y artificios.

Ella hace que no se abata uno, sino á fin de ser elevado; que no afecte callarse, sino á fin de ser en seguida mejor escuchado; que no se muestre indiferente para una cosa, sino á fin de obtenerla. *Latet ut appareat, tacet ut audiatur, fugit ut apprehendat.*

Todas sus virtudes son fingimientos y disfraces, y bajo algun exterior bello que ostentan por defuera, no tienen nada de sólido ni de verdadero. Si se muestra paciente en las injurias, conserva siempre el espíritu de venganza en el corazon, y si las sufre es porque no encuentra el medio de vengarse.

Si cuando está más preocupada de cólera ostenta dulzura en el exterior, no lo hace sino por convenir así á sus intereses y por lograr mejor sus fines; fuera de este caso ella no pone cuidado alguno en contener sus acritudes y arrebatos.

Si da alguna muestra de caridad para con el prójimo, no es que se afecte de compasion, sino por cierta especial ventaja que eso le va á producir.

Si manifiesta alguna señal de piedad y de religion, no lo hace sino por hipocresía y política; la disposicion de su corazon no tiende sino á complacer al mundo y de ningun modo á Dios.

En fin, cuando ella ha formado algun designio, no hay nada de que no se sirva

para salir con él: sagrado ó profano, vicio ó virtud, verdad ó mentira, todo lo pone en uso con tal que deje salvadas las apariencias.

Examinemos si nosotros nos hemos mantenido opuestos á esta falsa sabiduría, y si hemos renunciado á estas máximas maldecidas tanto quanto lo demanda la sabiduría cristiana.

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cuánta desgracia es no conducirse sino por las luces de la sabiduría humana, que, segun vuestro Apóstol, es una sabiduría terrestre, animal y diabólica! De buena voluntad yo renuncio á estas máximas, á estas falsas virtudes y á toda esa conducta maldecida. Fortalecedme, oh mi Dios, en este sentimiento, y no permitais que yo la mire jamás sino con horror, pues que Vos mismo no la mirais sino como vuestra enemiga irreconciliable. *Legi Dei non est subjecta, nec enim potest.* (Rom. VIII, 7).